



LA PRIMERA JUNTA MADERISTA.

LA primera Junta Maderista que se registró en la capital de la República, fué el 15 de junio de 1908. Tuvo lugar en la biblioteca de la casa de don Fernando Iglesias Calderón, a las siete de la noche. A iniciativa de don Francisco I. Madero, nos reunimos allí, además de dichos señores, don Emilio Vázquez Gómez, don Filomeno Mata, don Toribio Esquivel Obregón y el que estas líneas escribe. Yo cursaba entonces el último año de leyes. El señor Madero acababa de publicar su libro intitulado “La Sucesión Presidencial,” notable por su sinceridad, por la nobleza y el patriotismo con que abordaba los problemas políticos del país. Tan pronto como llegó a esta capital, de San

Pedro de las Colonias, inmediatamente convocó a la primera junta.

El licenciado Vázquez Gómez había realizado una labor brillante como abogado. Era ampliamente conocido en nuestro Foro; vivía del producto honrado de su profesión. Tanto él como su hermano don Francisco podían haber obtenido lo que quisieran en el gobierno porfirista. El general Díaz les guardaba consideraciones. Pero, no obstante ello, optaron por el campo de la oposición, tan productivo en persecuciones y amarguras. Los dos Vázquez Gómez, desde ese momento, se enfrentaron contra el régimen porfirista, resueltos a todo, afrontando peligros, sacrificando una buena posición por otra aleatoria. No iban en busca de un interés pequeño. Sus miras y sus propósitos eran altos. Impulsados por un ideal patriótico; alentados por la nobleza y la generosidad de la mágica bandera que se tremolaba en esos días de lucha.

Al lado de don Emilio Vázquez Gómez, estaba sentado en esa junta don Filomeno Mata, el antiguo director de "El Diario del Hogar;" su rostro moreno, iluminado tenuemente por la débil luz de unas bujías macilentas colocadas en unos can-

S E N D E R O S

delabros del siglo pasado, adquiriría el relieve de un viejo medallón. En el fondo, la anaquelera vieja, llena de libros, compañeros fieles de los últimos días de aquel varón excelso que defendió a la patria en momentos terribles de vacilación y de angustia. Arriba de los pesados anaqueles se destacaban los bustos de Cicerón y Demóstenes. Parecía que contemplaban impasibles los ojos pequeños, negros y relampagueantes de don Filomeno Mata, de ese viejo luchador que, en el terreno del periodismo, había combatido al dictador de México. Hombre laborioso, perseguido por su labor política desarrollada desde las columnas de "El Diario del Hogar." Perseverante y tenaz, no descansaba un solo momento en su obstinada tarea. Ese viejo luchador se destacó en esa junta por su vigor y energía, vigor y energía de que ya había dado muestras en las columnas de su periódico.

Frente a don Filomeno Mata se destacaba la figura del licenciado Toribio Esquivel Obregón. Alto, delgado, nervioso, sus ojos escudriñaban minuciosamente los libros que pertenecieron a un prócer de la intelectualidad mexicana. En esos días se había distinguido el licenciado Esqui-

vel Obregón por sus artículos concienzudos, criticando la labor hacendaria del señor Limantour. Artículos serios, llenos de ideas y de razonamientos, llamaron la atención en este país donde los intelectuales buscan antes que nada su acomodo y su conveniencia. Con ese motivo se había dado a conocer en toda la República. Es cierto que sus ideas fueron combatidas. Pero también es cierto que en esa contienda desempeñó un papel airoso.

Junto a un gran escritorio colocado en el fondo de la biblioteca, al pie de una enorme ventana con cristales de colores, que le daba a la estancia un aspecto de capilla colonial, estaban sentados don Fernando Iglesias Calderón y el señor Madero. El autor de las rectificaciones históricas fué uno de los pocos mexicanos que permanecieron siempre en abierta oposición al general Díaz. Criticó al régimen tuxtepecano hasta en sus detalles más insignificantes. Nada perdonaba. En sus artículos, en sus libros, en su conversación, siempre tuvo para el eterno rebelde de La Noria una frase de censura, una palabra de reprobación y de protesta. En el carro victorioso del general Díaz tuvieron cabida todos los mexicanos, menos los

SENDERS

Iglesias, que no quisieron reconocer nunca el régimen porfirista.

El señor Madero con toda sencillez expuso en esa junta sus nobles propósitos. La formación de un gran partido para oponerse a la última reelección del general Díaz. Todos elogiaron la idea con calor y simpatía. Sólo don Fernando Iglesias Calderón agregó que el Partido Nacional Antirreeleccionista debería llamarse también civilista, para impedir de esa manera que el general Reyes pudiera más tarde ser postulado por ese partido. El señor Madero, que en el fondo de su corazón le tenía ciertas simpatías al gobernador de Nuevo León, expresó que sería debilitar al partido si se hacían esas exclusiones; que no era conveniente restarle fuerza de tanta importancia como la militar, frente a su enemigo tan fuerte y poderoso. "No, no es conveniente bajo el aspecto político agregarle la palabra "civilista" al partido que vamos a formar. El sector militar es muy importante, y hay que contar con él en la contienda política."

Nadie, absolutamente nadie puede negar que el partido reyista en los años de 1908 y 1909 era fuerte y poderoso. Es más:

era grandemente popular, y el señor Madero no quería lastimar a todos aquellos elementos que estaban proclamando al general Reyes como candidato a la Presidencia de la República. Pero el señor Iglesias Calderón se mostró renuente por completo. No podía transigir con el reyesismo. ¿Por qué motivo? El coronel Bernardo Reyes había reconocido con la guarnición de Mazatlán la bandera de la legalidad enarbolada por el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, el año de 1876. Había sido un partidario decidido del movimiento legalista. Así lo había reconocido públicamente con orgullo y satisfacción. ¿Por qué, pues, don Fernando Iglesias Calderón se había declarado enemigo irreconciliable del general Reyes, desde la época en que el divisionario jalisciense desempeñaba el Ministerio de la Guerra, hasta el grado de pretender que un partido en formación le cerrara las puertas al elemento militar para que no se fuera a colar el antiguo gobernador de Nuevo León al seno de esa incipiente agrupación política?

El señor Iglesias Calderón visitó varias veces al Ministro de la Guerra, seguramente recordando que el soldado jaliscien-

SENDERS

se secundó el movimiento legalista del honorable Ministro de Juárez. ¿Qué motivó, pues, ese repentino distanciamiento? Fue que el general Reyes publicó una monografía sobre "El Ejército Mexicano," y al tratar la cuestión de la legalidad, defendida por don José María Iglesias, el autor de ese libro expresó que el abanderado de esa causa había huído de Guadalajara para Manzanillo, con el objeto de embarcar rumbo al extranjero. ¡Jamás hubiera dicho semejante cosa el general Reyes! En verdad no huyó don José María Iglesias de Guadalajara. Abandonó esa ciudad para dirigirse a Colima, porque las guarniciones que defendían la causa legalista defecionaban en todas partes para reconocer el Plan de Tuxtepec. El gobernador de Colima recibió en los límites de ese Estado al Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que se dirigía a Manzanillo en espera del barco "Granada," que lo conduciría a Mazatlán, donde la guarnición de esa plaza, junto con el coronel Bernardo Reyes, reconocían el movimiento legalista. Pero como el coronel Bernardo Reyes y esa guarnición se adhirieron poco después a la rebelión porfirista, a don José María Iglesias no le

quedaba otro recurso más que continuar rumbo a tierra extranjera. No huyó; pero aun suponiendo que hubiera huído, no estaba obligado a tener el valor de un militar. Cumplió con su deber. No estaba obligado a más. Pero de todos modos al hijo de don José María Iglesias le disgustó profundamente que afirmaran que su padre había huído. Y que lo afirmara el general Reyes, que había proclamado la causa de la legalidad en la ciudad de Mazatlán. Desde ese momento el señor Iglesias Calderón fué el enemigo más terrible del general Reyes. Había, pues, que cerrarle, en su opinión, las puertas del partido. Y cerrarlas para siempre.

El señor Madero no aprobó que al partido se le llamara civilista, porque todos los reyistas que habían proclamado a un militar como candidato, se lastimarían sin necesidad alguna. Así terminó la primera junta maderista. El autor de "La Sucesión Presidencial" se retiró, a pesar de todo, lleno de fe, e iluminados sus ojos por las llamas de la esperanza. El señor Iglesias Calderón continuó su campaña implacable en contra del general Reyes, emprendida desde antes, desde mucho antes, sin tregua, sin cuartel.